

pico, y aun vivió todo aquel día. Yo no le supe dar el nombre, ni alguno de cuantos españoles le vieron; pero á quien esta ave mas parece, es á los azores muy grandes, y esta es muy mayor que ellos; y así, los cristianos los llaman allá azores. Hay palomas torcaces, y zoritas, y golondrinas, y codornices, y aviones, y garzas reales, y garzotas, y flamencos, salvo que lo colorado de los pechos es mas vivo y de mas lindo plumaje. Hay cuervos marinos, hay ánaes, y lavancos reales, y ansares bravas, salvo que son negras, segun se dijo atrás. Todas estas aves son de paso, y no se ven en todos tiempos, sino á cierto tiempo. Hay asimismo lechuzas y gaviotas.

CAPITULO XXIX.

De otras aves diferentes de las que es dicho.

Papagayos hay muchos, y de tantas maneras y diversidades, que seria muy larga cosa decirlo, y cosa mas apropiada al pincel para darlo á entender, que no á la lengua; pero porque de todas las maneras que los hay, los traen á España, no hay para qué se pierda tiempo hablando en ellos. Pocos días antes que el Católico rey don Fernando pasase de esta vida, le truje yo á Placencia seis indios caribes de los frecheros que comen carne humana, y seis indias mozas, y muy bien dispuestos ellos y ellas, y truje la muestra del azúcar que se comenzaba á hacer en aquella sazón en la isla Española, y ciertos cañutos de cañafistola, de la primera que en aquellas partes por la industria de los cristianos se comenzó á hacer; y truje asimismo á su alteza treinta papagayos, ó mas, en que habia diez ó doce diferencias entre ellos, y los mas de ellos hablaban muy bien. Estos papagayos, aunque acá parecen torpes, son todos muy grandes voladores, y siempre andan de dos en dos pareados, macho y hembra, y son muy dañosos para el pan y cosas que se siembran para mantenimiento de los indios.

CAPITULO XXX.

Rabihorcados.

Hay unas aves grandes, y vuelan mucho, y lo mas continuamente andan muy altos, y son negros y quasi de rapiña, y tienen muy largos y delgados vuelos, y los codos de las alas muy agudos, y la cola abierta como la del milano, y por esto le llaman rabihorcado; son mayores que los milanos, y tienen tanta seguridad en sus vuelos, que muchas veces las naos que van á aquellas partes, los ven veinte, y treinta leguas, y mas, dentro en la mar, volando muy altos.

CAPITULO XXXI.

Rabo de junco.

Unas aves hay blancas y muy grandes voladoras, y son mayores que palomas torcaces, y tienen la cola luenga y muy delgada; por lo cual se le dió el nombre que es dicho de rabo de junco, y vese muchas veces muy adentro en la mar, pero ave es de tierra.

CAPITULO XXXII.

Pájaros bobos.

Hay unas aves que llaman pájaros bobos, y son me-

nores que gavinan, y tienen los piés como los anadones, y pónanse en el agua alguna vez, y cuando las aves van á la vela cerca de las islas, á cincuenta ó cien leguas de ellas, y estas aves ven los navios, se vienen á ellos, y cansados de volar, se sientan en las entenas y árboles ó gavias de la nao, y son tan bobos y esperan tanto, que fácilmente los toman á manos, y de esta causa los navegantes los llaman pájaros bobos: son negros, y sobre negro, tienen la cabeza y espaldas de un plumaje pardo oscuro, y no son buenos de comer, y tienen mucho bulto en la pluma, á respecto de la poca carne; pero tambien los marineros se los comen algunas veces.

CAPITULO XXXIII.

Patines.

Otros pájaros hay menores que tordos, y son muy negros, y creo que es una de las aves del mundo que mas velocidad traen en su volar, y andan á raíz del agua, por altas ó bajas que anden las ondas de la mar, y tan diestros en el subir ó bajar el vuelo en la órden que la mar anda, y pegado al agua, que no se podria creer sin verse. Estos se asientan cuando quieren en el agua, y quasi la mayor parte de todo el camino de las Indias los vemos en el grandé mar Océano, y tienen los piés como los patos ó ánaes.

CAPITULO XXXIV.

Pájaros noturnos.

En Tierra-Firme hay unas aves que los cristianos llaman pájaros noturnos, que salen al tiempo que el sol se pone, cuando salen los murciélagos, y es grande la enemistad de estas aves con los dichos murciélagos, y luego andan volándolos y persiguiendo á los dichos murciélagos, golpeándolos; lo cual no se puede ver sin mucho placer de quien los mira. Hay de estas aves muchas en el Darien, y son algo mayores que vencejos, y tienen aquella manera de alas, y tanta ó mas ligereza en el volar; y por medio de cada ala, al través, tienen una banda de plumas blancas, y todo lo demás de su plumaje es pardo quasi negro; las cuales aves toda la noche no paran, y cuando esclarece el día se tornan á esconder, y no parecen hasta que es puesto el sol, que tornan á su acostumbrada pelea, contrastando con los dichos murciélagos.

CAPITULO XXXV.

Murciélagos.

Pues en el capítulo de suso escrito se dijo de la contención de los pájaros noturnos y murciélagos, quiero concluir con los dichos murciélagos. E digo que en Tierra-Firme hay muchos de ellos, que fueron muy peligrosos á los cristianos á los principios que á aquella tierra pasaron con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa y con el bachiller Enciso, cuando se ganó el Darien; porque, por no saberse entonces el fácil y seguro remedio que hay contra la mordedura del murciélagos, algunos cristianos murieron entonces, y otros estovieron en peligro de morir, hasta que de los indios se supo la manera de cómo se habia de curar el que fuese picado de ellos. Estos murciélagos son ni mas ni menos que los de acá,

y acostumbran picar de roche, y comunmente por la mayor parte pican del pico de la nariz, ó de las yemas de las cabezas de los dedos de las manos ó de los piés, y sacan tanta sangre de la mordedura, que es cosa para no se poder creer sin verlo. Tienen otra propiedad, y es, que si entre cien personas pican á un hombre una noche, después la siguiente ó otra no pica el murciélagos sino al mismo que ya hobo picado, aunque esté entre muchos hombres. El remedio de esta mordedura es tomar un poco de rescoldo de la brasa, cuanto se pueda sufrir, y ponerlo en el bocado. Hay asimismo otro remedio, y es tomar agua caliente, y cuanto se pueda sufrir la calor de ella, lavar la mordedura, y luego cesa la sangre y el peligro, y se cura muy presto la llaga de la picadura, la cual es pequeña, y saca el murciélagos un bocadico redondo de la carne. A mí me han mordido, y me he curado con el agua de la manera que he dicho. Otros murciélagos hay en la isla de Sant Juan, que los comen, y están muy gordos, y en agua muy caliente se desuellan fácilmente, y quedan de la manera de los pajaritos de cañuela, y muy blancos y muy gordos y de buen sabor, segun dicen los indios, y aun algunos cristianos, que los comen tambien, en especial aquellos que son amigos de probar lo que ven hacer á otros.

CAPITULO XXXVI.

Pavos.

Hay unos pavos rubios y otros negros, y las colas tienenlas de la hechura de las pavas de España; pero en el plumaje y en el color, los unos son todos rubios, y la barriga con un poco del pecho blanco, y los otros todos negros, y así la barriga y parte del pecho blancos; y los unos y los otros tienen sobre la cabeza una hermosa cresta ó penacho, de plumas bermejas el que es bermejo, y negras el que es negro, y son de mejor comer que los de España. Estos pavos son salvajes, y algunos hay domésticos en las casas, que los toman pequeños. Los ballesteros matan muchos de ellos, porque los hay en mucha cantidad. Dicen algunos que el pavo es bermejo y la pava negra; otros son de parecer contrario, y dicen que el pavo es negro y la pava rubia; otros dicen que son de dos géneros, y que hay macho y hembra de ambas colores y de cualquiera de ellas. Si el balletero no le da en la cabeza ó en parte que caiga muerto el dicho pavo, aunque le dén en una ala ó otra parte, se va por tierra á peon y corre mucho; y como es muy espesa de árboles, conviene que el balletero tenga buen perro y presto, para que el cazador no pierda su trabajo y la caza. Vale un pavo de estos un ducado, y á veces un castellano ó peso de oro, que es tanto como en España un real para lo gastar. Otros pavos mayores y mejores de sabor y mas hermosos se han hallado en la Nueva-España, de los cuales han pasado muchos á las islas y á Castilla del Oro, y se crian domésticamente en poder de los cristianos; de aquestos las hembras son feas y los machos hermosos, y muy á menudo hacen la rueda, aunque no tienen tan gran cola ni tan hermosa como los de España; pero en todo lo al de su plumaje son muy hermosos. Tienen el cuello y cabeza cubierto de una carnosidad sin pluma, la cual

á menudo mudan de diversas colores, cuando se les antoja, en especial cuando hacen la rueda la tornan muy bermeja, y cuando la dejan de hacer la vuelven como amarilla y de otras colores, y como denegrido, hácia color parda y blanca, algunas veces; y en la frente sobre el pico tiene el pavo un pezon corto, el cual cuando hace la rueda le alarga ó le cresce mas de un palmo; y de la mitad de los pechos le nasce y tiene una vedija de cerdas tan gruesa como un dedo, y aquellas cerdas ni mas ni menos que las de la cola de un caballo, muy negras, y luengas mas de un palmo. La carne de estos pavos es muy buena, y sin comparacion, mejor y mas tierna que la de los pavos de España.

CAPITULO XXXVII.

Alcatraz.

Unas aves hay en aquellas partes que llaman alcatrazes, y son muy mayores que ansarones, y la mayor parte del plumaje es pardo y algo en parte abutardado, y el picó es de dos palmos, poco mas ó menos, muy ancho cerca de la cabeza, y vase disminuyendo hasta la punta, y tiene un muy grueso y grande papo, y son quasi de la hechura y manera de una ave que yo vi en Flandes, en la villa de Bruselas, en el palacio de vuestra majestad, que la llamaban hayna. Acuérdomme que estando un día comiendo vuestra majestad en la gran sala, le vi traer allí en su real presencia una caldera de agua con ciertos pescados vivos, y los comió así enteros; la cual ave yo tengo que debia de ser marítima, y tales tenia los piés como las aves de agua ó los ansarones suelen tenerlos, y así los tienen los alcatrazes, los cuales asimismo son aves marítimas, y tamañas, que yo vi meterle á un alcatraz un sayo entero de un hombre en el papo, en Panamá el año de 1521 años. Y porque en aquella playa y costa de Panamá pasa cierta volatería de estos alcatrazes, que es cosa de notar y mucho de ver, quiero aquí decirlo, pues que sin mí, al presente en esta corte de vuestra majestad hay personas que lo han visto muchas veces, y es esta: sabrá vuestra majestad que allí, como atrás se dijo, cresce y mengua aquella mar del Sur dos léguas y mas, de seis en seis horas, y cuando cresce, llega el agua de la mar tan junto de las casas de Panamá, como en Barcelona ó en Nápoles lo hace el mar Mediterráneo. E cuando viene la dicha creciente, viene con ella tanta sardina, que es cosa maravillosa y para no se poder creer la abundancia de ella sin lo ver; y el cacique de aquella tierra, en el tiempo que yo en ella estuve, cada un día era obligado, y le estaba mandado por el gobernador de vuestra majestad que trujese ordinariamente tres canoas ó barcas llenas de la dicha sardina, y las vaciase en la plaza, y así se hacia continuamente, y un regidor de aquella cibdad la repartia entre todos los cristianos, sin que les costase cosa alguna, y si mucha mas gente hobiera, aunque fuera cuanta al presente hay en Toledo ó mas, que de otra cosa no se hobiera de mantener, se pudiera asimismo matar cada día toda la sardina que fuera menester, y que sobrara mucha mas, y cuanta quisieran. Tornando á los alcatrazes, así como viene la marea, y sardina con ella, ellos tambien vienen con la marea, volando sobre ella, y tanta multitud de ellos, que parecse

que cubren el aire, y continuamente no hacen sino caer de alto en el agua, y tomar las sardinas que pueden, y súbito tornarse á levantar volando; y comiéndose las muy presto, luego tornan á caer, y se tornan á levantar de la misma manera, sin cesar; y así, cuando la mar se retrae, se van en su seguimiento los alcatraces, continuando su pesquería, como es dicho. Juntamente andan con estas aves otras que se llaman rabihorcados, de que atrás se hizo mención; y así como el alcatraz se levanta con la presa que hace de las sardinas, el dicho rabihorcado le da tantos golpes, y lo persigue hasta que le hace lanzar las sardinas que ha tragado; y así como las echa, antes que ellas toquen ó lleguen al agua, los rabihorcados las toman, y de esta manera es una gran delectación verlo todos los días del mundo. Hay tantos de los dichos alcatraces, que los cristianos envían á ciertas islas y escollos que están cerca de la dicha Panamá, en barcas y canoas, por los alcatraces, cuando son nuevos que aun no pueden volar, y á palos matan cuantos quieren, hasta cargar las canoas ó barcas de ellos; y están tan gordos y bien mantenidos, que de gruesos no se pueden comer, ni los quieren sino para hacer de la grosura de ellos olio para quemar de noche en los candiles, el cual es muy bueno para esto, y de dulce lumbre y que muy de grado arde. En esta manera y para este efecto se matan tantos, que no tienen número, y siempre parece que son muchos más los que andan en la pesquería de las sardinas, como es dicho.

CAPITULO XXXVIII.

Cuervos marinos.

Atrás se dijo que hay cuervos marinos, de la misma manera que los hay acá. No torné aquí á hablar en ellos sino para decir la muchedumbre de ellos que hay en la mar del Sur, en aquella costa de Panamá, donde puede vuestra majestad creer que algunas veces vienen tantos juntos en demanda de aquellas sardinas que dije en el capítulo antes de este, que, asentados en el agua, cubren gran parte de la mar, que están las manchas de ellos tamañas, casi como esta vega, que está al pie de esta cibdad de Toledo; y estos escuadrones ó multitud de estos cuervos, en muchas partes y muy á menudo, cada día se ven en la dicha costa del Sur, allí donde he dicho, y no parece todo aquello que toman y ocupan del agua, sino un terciopelo ó paño muy negro, sin intervalo, según están juntos estos cuervos, los unos á par de los otros, y así como los alcatraces, se van y vienen con las mareas secutando la pesquería de estas sardinas; las cuales á algunos saben bien, y á mí no, porque son tan dulces, que á tres veces que comí de ellas las aborrescí, y nunca pescado de cuantos allá ni acá he visto, yo comería de tan mala voluntad; pero otros hombres se hallan bien con ellas.

CAPITULO XXXIX.

Gallinas olorosas.

De las gallinas de España hay muchas y aumentan mucho, porque no dejan de sacar cuantos huevos pueden cubrir con las alas; las cuales han procedido de las que de acá en los principios se llevaron; pero sin estas,

hay unas gallinas bravas, que son tan grandes como pavos, y son negras, y la cabeza y parte del pescuezo algo pardo, ó no tan negro como lo demás de ellas, y aquello pardo ó menos negro no es pluma, sino el cuero. Son de muy mala carne y peor sabor, y muy golosas, y comen muchas suciedades y indios y animales muertos; pero huelen como almizclé y muy bien en tanto que están vivas, y como las matan pierden aquel olor, y á ninguna cosa son buenas, salvo sus plumas para emplumar saetas y virotas; y sufren muy gran golpe, y ha de ser muy recia la ballesta que la mate, si no le dan en la cabeza ó le quiebran alguna de las alas, y son muy importunas, y amigas de estar en el pueblo y cerca de él, por comer las inmundicias.

CAPITULO XL.

Perdices.

Perdices hay en Tierra-Firme muy buenas, y de tan buen sabor como las de España, y son tan grandes como las gallinas de Castilla, y tienen unas tetillas sobre otras. Así que tienen dos pares de ellas, y tanta carne, que ha de ser muy comedor el que á una comida ó pasto de una vez la acabare. La pluma es parda, así en el pecho como en las alas y cuello, y todo lo demás de aquella misma color y plumaje que las perdices de acá tienen los hombros, y ninguna pluma tienen de otra color. Los huevos que estas perdices ponen son casi tan grandes como los grandes de estas gallinas comunes de España, y son casi redondos, y no prolongados tanto como los de las gallinas, y son azules, de la color de una muy finísima turquesa. Toman estas perdices los indios con reclamos, armándoles lazos, y yo las he tenido vivas, y las he comido algunas veces en Tierra-Firme. La manera del reclamo es, que se ase el indio de una vedija de cabellos de encima de la frente, casi de á par de la coronilla, ó más cerca de lo alto de la cabeza, y tira y alfoja, meneando la cabeza, y con la boca hace un cierto son, que es casi silbando, de la misma manera que aquellas perdices cantan; y vienen á este reclamo, y caen en los lazos que les tienen puestos de hilo de henequen, del cual hilo se dijo largamente en el capítulo diez; y así las toman, y son muy excelente manjar asadas, perdigándolas primero, y así de esta manera como cocidas ó de cualquier forma que se coman. Quieren parecer mucho en el sabor á las perdices de España, y la carne de ellas es así tiesta, y son mejores de comer el segundo día que las matan, porque estén algo manidas ó más tiernas. Otras perdices hay menores que las susodichas, que son como estarnas ó perdices de las que acá dicen pardillas, que son asaz buenas; pero aunque en el sabor quieren parecer á las de acá, no son tales, con mucho, como las grandes; y estas pequeñas tienen la pluma asimismo pardilla, pero tiran algo á rubio aquel plumaje sobre pardillo, y tómanse más á menudo que las grandes, y son mejores para los dolientes, porque no son tan recias de digestión.

CAPITULO XLI.

Faisanes.

Los faisanes de Tierra-Firme no tienen la pluma que

los faisanes de España, ni son tan lindos en la vista; pero son muy buenos y excelentes en el sabor, y parecen mucho en el gusto á las perdices grandes, de quien se trató en el capítulo antes de este; el plumaje de estas aves son pardos, así como las perdices, y no tan grandes; pero son más altos de piés, y tienen las colas luengas y anchas, y mátanse de ellas muchas con las ballestas, y hacen cierto canto, á manera de silbos, muy diferente del canto de las perdices y mucho más alto, porque de bien léjos se oyen, y esperan mucho; y así, los ballesteros los matan muy á menudo.

CAPITULO XLII.

Picuños.

Una ave hay en Tierra-Firme, que los cristianos llaman picudo, y tiene un pico muy grande, según la pequeñez del cuerpo, el cual pico pesa mucho más que todo el cuerpo. Este pájaro no es mayor que una codorniz ó poco más, pero el bulto es muy mayor, porque tiene mucha más pluma que carne. Su plumaje es muy lindo y de muchas colores, y el pico es tan grande como un gemo ó más, revuelto para abajo, y al principio, á par de la cabeza, tan ancho como tres dedos ó cuasi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cria allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es muy diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporción del gran pico, á respeto del cuerpo. Ninguna ave hay que cuando cria esté más segura y sin temor de los gatos, así porque ellos no pueden entrar á tomarles los huevos ó los hijos, por la mauer del nido, como porque en sintiendo que hay gatos se meten en su nido y tienen el pico hácia fuera, y dan tales picadas, que el gato ha por bien de no curar de ellos.

CAPITULO XLIII.

Del pájaro loco.

Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas, según atrás queda dicho, porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser más sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro. Aquestas aves son pequeñas y casi negras, y son poco mayores que los tordos de acá; tienen algunas plumas blancas en el cuello, y traen la diligencia de las picazas; pero muy pocas veces se posan en tierra, y hacen sus nidos en árboles desocupados ó apartados de otros, porque los gatos monillos acostumbran irse de árbol en árbol y saltar de unos á otros, y no bajar á tierra, por temor de otros animales, sino es cuando han sed, que bajan á beber, en tiempo que no puedan ser molestados. E por eso estas aves no quieren ni suelen criar sino en árbol que esté algo léjos de otros, y hacen un nido tan luengo ó más que el brazo de un hombre, á manera de talega, y en lo bajo es ancho, y hácia arriba de donde está colgado, se va estrechando y hace un agujero por donde entran en aquella talega, no mayor de cuanto el dicho pájaro puede caber; y porque, en caso que los ga-

tos suban á los árboles donde aquestos nidos están, no les coman los hijos, tienen otra astucia grande, y es que aquellas ramas y pajas ó cosas de que hacen estos nidos son muy ásperas y espinosas, y no las puede tomar el gato en las manos sin se lastimar; y están tan entretejidos y fuertes, que ningún hombre los sabría hacer de aquella manera; y si el gato quiere meter la mano por el agujero del dicho nido para sacar los huevos ó los hijos pequeños de estas aves, no los puede alcanzar ni llegar al cabo, porque, como es dicho, son luengos más de tres palmos ó cuatro, y no puede el brazo del gato alcanzar al suelo del nido. Hacen otra cosa, y es que en un árbol hay muchos nidos de estos. E la causa por qué hacen muchos de estos pájaros sus nidos en un mismo árbol debe ser por una de dos cosas, ó porque de su natura sean sociables y amigos de compañía de su misma ralea ó casta, como los aviones, ó porque si por caso los gatos subieren al árbol donde crían haya diversos ó muchos nidos en que se determine la ventura del que ha de ser molestado del gato, y haya más cantidad de pájaros de los mayores de ellos que hagan la vela por todos, los cuales, en viendo los gatos, dan grandes gritos.

CAPITULO XLIV.

Picazas.

Hay en Tierra-Firme y también en las islas unas picazas que son menores que las de España, y tienen su diligencia y andar á saltos; pero son todas negras, y tienen los picos de la hechura que los tienen los papagayos, y asimismo negros, y las colas luengas, y son poco mayores que tordos.

CAPITULO XLV.

Pintadillos.

Unos pájaros hay que se llaman pintadillos, y son muy pequeños, como los que acá llaman pinchicos ó de siete colores, y estos pajaricos, de temor de los gatos, siempre crían sobre las riberas de los ríos ó de la mar, donde las ramas de los árboles alcancen con los nidos al agua con poco peso que encima de ellas se cargue, y hacen los dichos nidos casi en las puntas de las dichas ramas, y cuando el gato va por la rama adelante ella se abaja y pende al agua, y el gato, de temor, se torna y no cura de los nidos, por temor de caer; porque de todos los animales del mundo, no obstante que ninguno le sobra en malicia, y que naturalmente la mayor parte de los animales saben nadar, estos gatos no lo saben, y muy presto se ahogan. Estos pajaricos hacen sus nidos de manera que aunque se mojen y hinchan de agua, luego se sale, y aunque los pajaricos nuevos con el nido estén debajo del agua, por pequeños que sean, no se ahogan por eso.

CAPITULO XLVI.

Ruiseñores y otros pájaros que cantan.

Hay muchos ruiseñores y otras muchas aves pequeñas, que cantan maravillosamente y con mucha melodía y diferentes maneras de cantar, y son muy diversos en colores los unos de los otros. Algunos hay que son todos amarillos, y otros que todos son colorados, de una color

tan fina y excelente, que no se puede creer ni ver otra cosa mas subida en color, como si fuese un rubí, y otros de todas colores y diferencias, algunos mezcladas aquellas colores, y otros de pocas, y algunos de una sola, y tan hermosos, que en lindeza exceden y hacen mucha ventaja á todos los que en España y Italia y en otros reinos y provincias muchas yo he visto. E tómanse muchos de ellos con armanzas y liga y costillas, y de muchas maneras.

CAPITULO XLVII.

Pájaro mosquito.

Hay unos pajaritos tan chiquitos, que el bulto todo de unos de ellos es menor que la cabeza del dedo pulgar de la mano, y pelado es mas de la mitad menor de lo que es dicho; es una avecita que, demás de su pequeñez, tiene tanta velocidad y presteza en el volar, que viéndola en el aire no se le pueden considerar las alas de otra manera que las de los escarabajos ó abejones, y no hay persona que le vea volar que piense que es otra cosa sino abejon. Los nidos son segun la proporcion ó grandeza suya. Yo he visto uno de estos pajaricos que él y el nido puestos en un peso de pesar oro pesó todo dos tomines, que son veinte y cuatro granos, con la pluma, la cual si no toviera, fuera el peso mucho menos. Sin dubda parecia en la sotileza de sus piernas y manos á las avecitas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores; y es de muy hermosas colores su pluma, dorada y verde y de otras colores, y el pico luengo segun el cuerpo, y tan delgado como un alfiler. Son muy osados, y cuando ven que algun hombre sube en el árbol en que cria, se le va á meter por los ojos, y con tanta presteza va y huye y torna, que no se puede creer sin verlo; cierto es cosa la pequeñez de este pajarico, que no osara hablar en él sino porque sin mí hay en esta corte de vuestra majestad otros testigos de vista. De lo que hacen el nido es del flueco ó pelos de algodón, del cual hay mucho y les es mucho al propósito.

CAPITULO XLVIII.

Paso de aves.

Visto he algunos años en el mes de marzo, por espacio de quince y veinte dias, y algunos años mas, y desde la mañana hasta ser de noche, ir el cielo cubierto de infinitas aves y muy altas, y tanto enlevadas, que muchas de ellas se pierden de vista, y otras van muy bajas, á respecto de las mas altas, pero harto altas, á respecto de las cumbres y montes de la tierra, y van continuamente en seguimiento ó al luengo desde la parte del norte septentrional á la del mediodía ó via del polo Austral. Así que vienen de la parte de la mar hácia la parte de la tierra, y así atraviesan todo lo que del cielo se puede ver en la longueza ó viaje que hacen estas aves, y de ancho ocupan muy gran parte de lo que se ve del cielo. E la mayor parte de estas aves son, al parecer, águilas negras, y otras de muchas maneras y muy grandes, y otras aves de rapiña. Las diferencias y plumajes de las cuales no se pueden bien comprender, porque no bajan tanto que esto se pueda entender, ni discernirlo la vista; pero en la manera del volar y en

la grandeza y diferencias de los tamaños se conoce que son de muchos y diversos géneros. Este paso de estas aves es sobre la cibdad y provincia de Santa María del Antigua del Darien, en Tierra-Firme, en aquella parte que se llama Castilla del Oro. Otras muchas maneras de aves hay en Tierra-Firme, que sería muy larga cosa de escribirlo extensamente, así porque de todas, aunque se ven muchas, sería imposible especificarlo, como porque de otras muchas mas que yo tengo escrito en mi *General historia de Indias*, no ocurre al presente á mi memoria mas de lo que en el presente sumario está dicho.

CAPITULO XLIX.

De las moscas y mosquitos y abejas y avispas y hormigas, y sus semejantes.

En las Indias y Tierra-Firme hay muy poquitas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa se puede decir que acá no hay algunas, porque raras veces se ven algunas.

Mosquitos hay muchos y muy enojosos y de muchas maneras, en especial en algunas partes de las costas de la mar y de los rios, y tambien en muchas partes de la tierra no los hay.

Hay muchas avispas y muy peligrosas y ponzoñosas, y su picadura es sin comparacion mas dolorosa que la de las avispas de España, y tienen cuasi la misma color, pero son mayores y mas rubio el amarillo de ellas, y con ello en las alas mucha parte de color negra, y las puntas de ellas rubias de color tostado. Hacen muy grandes avisperos, y los racimos de ellos llenos de vasillos del tamaño de los panales que en España hacen las abejas, pero secos y blancos sobre pardos, y no tienen en ellos ningun licor, sino sus crianzas ó aquello de que se forman, y hay muchas en los árboles, y tambien se hacen muchas en las techumbres y maderas de las casas.

CAPITULO L.

Abejas.

Hay muchas abejas, que crian en las hoquedades de los árboles, y son pequeñas, del tamaño de las moscas, ó poco mas, y las puntas de las alas tienen cortadas al través, de la facion ó manera de las puntas de los machetes victorianos, y por medio del ala una señal al través, blanca, y no pican ni hacen mal, ni tienen aguijon, y hacen grandes panales, y los agujerillos de ellos hay en uno mas que en cuatro de los de acá, aunque ellas son menores abejas que las de España, y la miel es muy buena y sana, pero es morena cuasi como arrope.

CAPITULO LI.

Hormigas.

Las diferencias de las hormigas son muchas, y la cantidad de ellas tanta, y tan perjudiciales algunas de ellas, que no se podría creer sin haberlo visto, porque han hecho mucho daño, así en árboles como en azúcares y en otras cosas necesarias al mantenimiento de los hombres; pero por no me detener en esto, digo que aquellas que los osos hormigueros comen son de una manera y son pequeñas y negras, y otras hay rubias, y

otras hay que llaman comixen, que la mitad son hormigas, y la otra mitad es un gusanico que traen metido en una cosilla ó cáscara blanca que llevan arrastrando, y son muy dañosas, y penetran las maderas y casas, y hacen mucho daño estas que son comixen; las cuales, si suben por un árbol ó por una pared, ó por do quiera que hagan su camino, llevan una bóveda de tierra, cubierta toda, tan gruesa como un dedo y como la mitad, y mas y menos, y debajo de aquel artificio ó camino cubierto van hasta donde quieren asentar, y allí donde paran ensanchan mucho aquella bóveda, y hacen una casa de barro, cubierta y tan grande como tres y cuatro palmos, y mas y menos, y tan ancha como es luenga ó como la quieren hacer, y allí crian, y por aquel lugar podrescen y comen la madera, y asimismo las paredes hasta dejarlas tan huecas como un panar, y es menester tener aviso para que así como comienzan á hacer aquellas bóvedas ó senderos cubiertos se les rompan antes que tengan lugar de hacer daño en las casas, porque para la casa es aqueste animal no otra cosa que la polilla para el paño.

Hay otras hormigas mayores que las susodichas, y con muchas diferencias; pero entre todas tienen el principado de malas unas que hay negras y tan grandes cuasi como abejas de acá, y estas son tan pestíferas, que con ellas y otros materiales ponzoñosos los indios hacen la yerba que tiran con sus frechas, la cual yerba es sin remedio, y todos los que con ella son heridos mueren, que entre ciento no escapan cuatro; de estas hormigas se ha visto muchas veces por experiencia en muchos cristianos picados de ellas que así como pican dan luego calentura grandísima, y nasce un encordio al que han picado. Otras hay que son del tamaño de las hormigas comunes de España, pero aquellas son bermejas, y estas y todas las mas de las otras que de suso tengo dicho que hay en Tierra-Firme son de paso.

CAPITULO LII.

Tábanos.

En Tierra-Firme hay muchos tábanos y muy enojosos, y pican mucho, y hay muchas diferencias de ellos, y tantas, que sería largo y enojoso proceso de escribir, y no apacible á los lectores.

CAPITULO LIII.

Aludas.

En aquellas partes hay aludas, de la misma manera que las hay en España; y así, se hacen cuando á las hormigas les nascen las alas, y son algo menores que las aludas de acá.

CAPITULO LIV.

De las víboras y culebras y sierpes y lagartos y sapos y otras cosas semejantes.

Víboras.

Hay en Tierra-Firme, en Castilla del Oro, muchas víboras, segun y de la misma manera que las hay en España, y los que son picados de ellas muy presto mueren, porque pocos hombres pasan del cuarto día si presto no son socorridos; pero entre ellas hay una especie de víboras menores que las otras, y de las colas son al-

go romas, y saltan en el aire á picar al hombre. E por esto algunos llaman tiro á esta manera de víbora, y la mordedura de estas tales es mas veninosa, y incurable las mas veces. Una de estas me picó una india de las que en mi casa me servian, en un heredamiento, y fué muy presto socorrida con muchas cosas, y asimismo con la sangrar ó dar lancetadas en un pié en que fué picada, y se hizo en ella todo lo que los cirujanos ordenaron; pero ninguna cosa aprovechó, ni le pudieron sacar gota de sangre, sino una agua amarilla, y antes del tercero día espiró, que ningun remedio tuvo, y lo mismo acaesció á otras personas; esta misma india que así he dicho que murió era de edad de hasta catorce años ó menos, y muy ladina, porque hablaba castellano como si nasciera y se criara toda su vida en Castilla; y decia que aquella víbora que le habia picado en la garganta de un pié sería de dos palmos ó poco mas, y que saltó en el aire para la picar desde á mas de seis pasos. E con aquesto concordaban muchas personas que tenían conocimiento de las dichas víboras ó tiros, y que habian visto morir á otras personas de semejantes picaduras, y estas son las mas ponzoñosas que allá hay.

CAPITULO LV.

Culebras ó sierpes.

Unas culebras delgadas, y luengas de siete ó ocho piés, he visto yo en Tierra-Firme; las cuales son tan coloradas, que de noche parecen una brasa viva, y de dia son cuasi tan coloradas como sangre. Estas son asaz ponzoñosas, pero no tanto como las víboras.

Hay otras mas delgadas y cortas y negras, y estas salen de los rios, y andan en ellos y por tierra cuando quieren, y son asimismo harto ponzoñosas.

Otras culebras son pardas, y son poco mayores que las víboras, y son nocivas y ponzoñosas.

Hay otras culebras pintadas y muy luengas. E yo vi una de estas el año de 1513 en la isla Española, cerca de la costa de la mar, al pié de la sierra que llaman de los Pedernales, y la medí, y tenía mas de veinte piés de luengo, y lo mas grueso de ella era mucho mas que un puño cerrado, y debiera de haber seido muerta aquel día, porque no hedia y estaba la sangre fresca, y tenía tres ó cuatro cuchilladas. Estas culebras tales son de menos ponzoña que todas las susodichas, salvo que por ser tan grandes pone mucho temor el verlas. Acuérdomeme que estando en el Darien, en Tierra-Firme, el año de 1522 años, vino del campo muy espantado un Pedro de la Calleja, montañés, natural de Colindres, una legua de Laredo, hombre de crédito y hidalgo, el cual dijo que habia visto en una senda dentro de un maizal solamente la cabeza con poca parte del cuello de una culebra ó serpiente, y que no pudo ver lo demás de ella á causa de la espesura del maiz, y que la cabeza era muy mayor que la rodilla doblada de una pierna de un hombre mediano, y allí lo juraba, y que los ojos no le habian parecido menores que los de un becerro grande; y como la vido desde algo apartado, no osó pasar, y se tornó; lo cual el susodicho contó á muchos y á mí, y todos lo creimos por otras muchas que en aquellas partes habian visto algunos de los que al dicho Pedro de la Calleja le escuchaban lo que es dicho; y en aque-

lla sazón, pocos días después de esto, en el mismo año, mató una culebra un criado mio, que desde la boca hasta la punta de la cola tenía de luengo veinte y dos piés, y en lo mas grueso de ella era mas gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano, y la cabeza mas gruesa que un puño, y la mayor parte del pueblo la vido; y el que la mató se llama Francisco Rao y es natural de la villa de Madrid.

CAPITULO LV.

Yu-ana.

Yu-ana es una manera de sierpe de cuatro piés, muy espantosa de ver y muy buena de comer, de la cual en el capítulo seis, atrás, se dijo suficientemente lo que convenia de este animal ó sierpe; hay muchas de ellas en las islas y en Tierra-Firme.

CAPITULO LVII.

Lagartos ó dragones.

Hay muchos lagartos y lagartijas de la manera de los de España, y no mayores, pero no son ponzoñosos; otros hay grandes, de doce y quince piés, y mucho mas de luengo, y mas gruesos que una arca ó caja; y algunos de los mas grandes son tan gordos cuasi como una pipa, y la cabeza y lo demás á proporcion, y el hocico tiénenle muy luengo, y el labio de alto horadado en derecho de los colmillos, por los cuales agujeros salen los colmillos que tiene en la parte mas baja de la boca; los cuales y los dientes tienen muy fieros; y en el agua es velocísimo, y en tierra algo pesado y torpe, á respecto de la habilidad que en el agua tiene. Muchos de ellos andan en las costas y playas de la mar, y entran y salen de ella por los rios y esteros que entran en ella, y son de cuatro piés, y tienen muy recias conchas, y por medio del espinazo está lleno de luengo á luengo de puntas ó huesos altos, y son tan recios de pasar sus cueros, que ninguna espada ó lanza los puede ofender, si no les dan debajo de aquella piel durísima por las ijadas ó la tripa, porque por allí es flaca y vencible la piel de estos lagartos ó dragones, los cuales cuando quieren desovar, es en el tiempo mas seco del año, en el mes de diciembre, que los rios no salen de su curso, y en aquella sazón, faltando las lluvias, no les pueden llevar los huevos las crecientes; y hacen de esta manera: sálense á los arenales y playas por la costa ó ribera de los rios, y hacen un hoyo en la arena, y ponen allí docientos ó trecientos huevos, ó mas, y cubrenlos con la dicha arena, y *ad putrefactionem*, con el sol se animan y toman vida, y salen de debajo del arena y vanse al rio que está junto, seyendo no mayores que un gemo, ó poco menos grandes, y después crescen hasta ser tan gruesos y tamaños como atrás se dijo, y en algunas partes hay tantos de ellos, que es cosa para espantar; y lo mas continuamente se andan en los remansos y hondo de los rios, y cuando salen fuera de ellos por la tierra y playas, todo aquel contorno vecino huele á almizcle, y sálense á dormir muchas veces á los arenales cerca del agua, y cuando se desvian algo mas y los topan los cristianos, luego huyen al agua; y no saben correr haciendo vueltas ó á un costado ó á otro declinando, sino derecho; y así, aunque vaya tras un hombre no le al-

canzará si el tal hombre es avisado de lo que es dicho y tuerce el correr al través; antes muchas veces por esta causa ha acaescido irle dando de palos y cuchilladas hasta lo matar ó hacer entrar en el agua; pero lo mejor es desde léjos de ellos tirarles con ballestas y escopetas, porque con las otras armas, así como espadas ó dardos y lanzas, poco daño le pueden hacer, excepto si le aciertan á dar por la barriga y ijadas, porque aquello tiene muy delgado; y cuando corren por tierra llevan la cola levantada sobre el lomo, enarcada como las plumas de la cola del gallo, y la barriga no arrastrando, sino alta de tierra un palmo, ó mas ó menos, al respecto de la grandeza ó altura de los brazos, y tienen manos y piés en fin de los dichos brazos y piernas; y los tales piés y manos muy hendidos, y los dedos luengos y las uñas luengas. Finalmente, que estos lagartos son muy espantosos dragones en la vista: quieren algunos decir que son cocatrices, pero no es así; porque la cocatriz no tiene espiradero alguno mas de la boca, y aquestos lagartos ó dragones sí; y la cocatriz tiene dos mandíbulas, así alta como baja, y así menea la superior tan bien como la inferior, y aquestos lagartos que digo no tienen mas de la mandíbula baja. Son en el agua muy velocísimos y muy peligrosos, porque se comen muchas veces los hombres y los perros y los caballos y las vacas al pasar de los vados; y por esto se tiene aqueste aviso, que cuando alguna gente pasa por algun rio en que los hay, siempre se toma el vado por los raudales y donde el agua va mas baja y corriente mucho, porque los dichos lagartos siempre se apartan de los raudales y de donde está bajo el rio. Muchas veces acaesce, matándolos, que les hallan en el vientre una y dos espuelas de guijarros pelados, que el lagarto come por su pasatiempo y los degiste. Mátanlos muchas veces armándolos con anzuelos gruesos de cadena, y de otras maneras, y algunas veces hallándolos fuera del agua, con las escopetas. Estos animales mas los tengo yo por bestias marinas y de agua que no terrestres, puesto que, como es dicho, nascen en tierra, de aquellos huevos que entierran en los arenales, los cuales son tan grandes ó mas que los de los ansares, y son tan anchos en el un cabo ó punta como de la otra parte ó cabo; y si dan en el suelo con ellos, no se quiebran para se salir, pero quíebrase la cáscara primera, que es como la de los huevos de los ansares; y entre aquella y la clara tiene una tela delgada que parece valdrés, que no se rompe sino con alguna punta de herramienta ó de palo agudo; y dando en el suelo con un huevo de estos, salta para arriba y hace un bote, como si fuese pelota de viento. No tienen yema, y todos son clara, y guisados en tortillas son buenos y de buen sabor; yo he comido algunas veces de estos huevos, pero no he comido de los lagartos, puesto que muchos cristianos los comian cuando los podian haber, en especial los pequeños, al principio que la tierra se conquistó, y decian que eran buenos. E cuando estos lagartos dejaban los huevos cubiertos en el arena, y algun cristiano los hallaba, cogía aquella nidada, y traíalos á la cibdad del Darien, y dábanle cinco ó seis castellanos, y mas, segun los que traía, á razon de un real de plata por cada huevo; yo los pagué en este precio, y los comí algunas veces en el

año de 1514 años; pero después que hobo mantenimientos y ganados, se dejaron de buscar, pero no porque si con ellos topan acaso, dejen de comerlos de buena voluntad algunos.

CAPITULO LVIII.

Escorpiones.

Hay en muchas partes escorpiones venenosos en la Tierra-Firme, y yo los hallé en Santa Marta, dentro en tierra, bien tres leguas apartado de la costa y puerto de mar, donde el año de 1514 tocó el armada que por mandado del rey Católico don Fernando V, de gloriosa memoria, pasó á la Tierra-Firme. Son cuasi negros sobre rubios; y en Panamá, en la costa del mar del Sur, los he visto asimismo algunas veces.

CAPITULO LIX.

Arañas.

Hay arañas grandes, y yo las he visto mayores que la mano extendida, con piernas y todo; pero dejados los brazos, sino solamente el cuerpo, digo que aquello de en medio de una araña que vi una vez, era tamaño como un gorrión ó pájaro de estos pardales, y llena de vello, y la color era pardo oscuro, y los ojos mayores que de un pájaro de los que he dicho; son ponzoñosas, pero de aquestas grandes hállanse raras veces, y muchas comunmente mayores que las de estas partes.

CAPITULO LX.

Cangrejos.

Cangrejos son unos animales terrestres que salen de unos agujeros que ellos hacen en tierra, y la cabeza y cuerpo es todo una cosa redonda que quiere mucho parecer capirote de halcon, y del un costado le salen cuatro piés, y otros tantos del otro lado, y dos bocas como pincetas, la una mayor que la otra, con que muerden, pero su bocado no duele mucho ni es ponzoñoso; su cáscara ó cuerpo y lo demás es liso y delgado como la cáscara del huevo, salvo que es mas dura. La color es parda ó blanca ó morada que tira á azul, y andan de lado y son buenos de comer, y los indios se dan mucho á este manjar, y aun tambien en Tierra-Firme muchos cristianos, porque se hallan muchos, y no son manjar costoso ni de mal sabor; y cuando los cristianos van por la tierra adentro, es manjar presto y que no desplace, y cómense asados en las brasas. Finalmente, la hechura de ellos es de la misma manera que se pinta el signo de Cáncer; en el Andalucía, á la costa de la mar y del rio de Guadalquivir, donde entra en ella, en Sant Lúcar, y en otras partes muchas, hay cangrejos, pero son de agua, y los que he dicho de suso son de tierra. Algunas veces son dañosos y mueren los que los comen, en especial cuando los dichos cangrejos han comido algunas cosas ponzoñosas ó manzanillas de aquellas de que se hace la yerba con que tiran los indios caribes frecheros, de la cual se dirá adelante; pero por esto se guardan los cristianos de comer de ellos cuando los hallan cerca de donde hay los dichos árboles de las manzanillas; aunque se coman muchos de aquellos que son buenos, no hacen mal ni es vianda que empacha.

CAPITULO LXI.

De los sapos.

Hay muchos sapos en la Tierra-Firme y muy enojosos por la grande cantidad de ellos; pero no son ponzoñosos: donde mas de ellos se han visto es en la cibdad del Darien, muy grandes; tanto, que cuando se mueren en tiempo de la seca, quedan tan grandes huecos de algunos, en especial algunas costillas, que parecen de gato ó de otro animal tamaño; pero como cesan las aguas, poco á poco se consumen y se acaban, hasta que el año siguiente, al tiempo de las lluvias, los torna á haber; pero ya no hay con mucha cantidad tantos como solia; y la causa es que, como la tierra se va desahabando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hábito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va deseuconando y deshumedeciéndose, y cada día es mas sana y apacible. Estos sapos cantan de tres ó cuatro maneras, y ninguna de ellas es apacible; algunos como los de acá, y otros silbando, y otros de otra forma; unos hay verdes y otros pardos, otros cuasi negros; pero todos, los unos y otros, muy feos y grandes y enojosos, porque hay muchos; pero como es dicho, no son ponzoñosos; y donde se pone recabdo para que no haya agua encharcada y que corra ó se consuma, luego no hay sapos; que ellos se van á buscar los pantanos, etc.

De los árboles y plantas y yerbas que hay en las dichas Indias, islas y Tierra-Firme.

Primeramente pues que está dicho de los árboles que de España se han llevado, y cómo todos se hacen bien en aquellas partes, quiero decir de los otros naturales de ellas; y porque todos los que hay en las islas (y muchos mas) los hay en la Tierra-Firme, diré de los que se me acordare, todavía ocurriendo á la protestacion que al principio hice, y es que está todo lo que aquí diré, con lo demás que se me olvidare, copiosamente escrito en mi *General historia de Indias*; y comenzando del mamey, digo así.

CAPITULO LXII.

Mamey.

Las principales plantas y mantenimiento de los indios son la yuca y maíz, de que hacen pan, y tambien vino del maíz, como atrás se dijo; hay otras frutas muy buenas, sin aquello. Hay una fruta que se llama mamey, el cual es un árbol grande y de hermosas y frescas hojas. Hace una graciosa y excelente fruta, y de muy suave sabor, tan gruesa por la mayor parte como dos puños cerrados y juntos; la color es como de la peraza, leonada la corteza, pero mas dura algo y espesa, y el cuesco está hecho tres partes, junta la una á par de la otra, en el medio de lo macizo, á manera de pepitas, y de la color y tez de las castañas ingertas mondadas, y así proprio que ninguna cosa le faltaria para ser las mismas castañas si aquel sabor toviese; pero aqueste cuesco así dividido ó pepita es amarguísimo su sabor como la biel; pero sobre aquello está una telica muy delgada, entre la cual y la corteza está una carnosidad

como leonada, y sabe á melocotones y duraznos, ó mejor, y huele muy bien, y es mas espesa esta fruta y de mas suave gusto que el melocoton, y esta carnosidad que hay desde el dicho cuesco hasta la corteza es tan gruesa como un dedo, ó poco menos, y no se puede mejorar ni ver otra mejor fruta.

CAPITULO LXIII.

Guanabano.

El guanabano es un árbol muy grande y hermoso en la vista, y alto, y las ramas de él derechas, y la hoja de él de larga y ancha facion y fresco verdor, y hace unas piñas, ó fruta que lo parecen, tan grandes como melones, pero prolongadas, y por encima tiene unas labores sutiles que parece que señalan escamas, pero no lo son ni se abren; antes cerrada en torno, está toda cubierta de una corteza del gordor de cáscara de melon, ó algo menos, y de dentro está llena de una pasta como manjar blanco, salvo que aunque es tan espesa, es aguanosa y de lindo sabor templado, con un agro suave y apacible, y entre aquella carnosidad tiene unas pepitas mayores que las de la cañafistola, y de aquella color y cuasi tan duras; y aunque un hombre se coma una guanabana de estas que pese dos ó tres libras y mas, no le hace daño ni empacho en el estómago, y es muy templada y de hermosa vista; solamente se deja de comer de ella aquella corteza delgada que tiene y las pepitas; y hay algunas que son de cuatro libras y mas, y si la tienen empezada, aunque esté algunos dias no se torna de mal sabor, salvo que se va enjugando y consumiendo en parte, destilándose la humedad y agua de ella estando descentada, y las hormigas luego vienen á la que está partida, y por esto nunca la comienzan sino para acabarla; y hay muchas de estas guanabanas, así en las islas como en la Tierra-Firme.

CAPITULO LXIV.

Guayaba.

El guayabo es un árbol de buena vista, y la hoja de él cuasi como la del moral, sino que es menor, y cuando está en flor huele muy bien, en especial la flor de cierto género de estos guayabos; echa unas manzanas mas macizas que las manzanas de acá, y de mayor peso aunque fuesen de igual tamaño, y tienen muchas pepitas, ó mejor diciendo, están llenas de granitos muy chicos y duros, pero solamente son enojosas de comer á los que nuevamente las conocen, por causa de aquellos granillos; pero á quien ya las conoce es muy linda fruta y apetitosa, y por de dentro son algunas coloradas y otras blancas; y donde mejores yo las he visto es en el Darien y por aquella tierra, que en parte de cuantas yo he estado de Tierra-Firme; las de las islas no son tales, y para quien la tiene en costumbre es muy buena fruta, y mucho mejor que manzanas.

CAPITULO LXV.

Cocos.

El coco es género de palma, y la grandeza y hoja de la misma manera de las palmas reales de los dátiles, excepto que difieren en el nascimiento de las hojas, porque las de los cocos nascen en la vara de la palma de la

manera que están los dedos de la mano cuando con la otra mano se entretejen, y así están después mas desparcidas las hojas. Estas palmas ó cocos son altos árboles, y hay muchos de ellos en la costa de la mar del Sur, en la provincia del cacique Chimán, al cual dicho cacique yo tuve cierto tiempo en encomienda con docientos indios. Estos árboles ó palmas echan una fruta que se llama coco, que es de esta manera: toda junta, como está en el árbol, tiene el bulto mayor mucho que una gran cabeza de un hombre, y desde encima hasta lo de en medio, que es la fruta, está rodeada y cubierta de muchas telas, de la manera que aquella estopa con que están cubiertos los palmitos de tierra en el Andalucía; digo de tierra, que no son palmitos de palmas altas; y de aquella estopa y telas en levante hacen los indios telas muy buenas y jarcias; y las telas las hacen de tres ó cuatro maneras, así para velas de los navios como para vestirse, y las cuerdas delgadas y mas gruesas, y hasta cables y jarcias de navios; pero en estas Indias de vuestra majestad no curan los indios de estas cuerdas y telas que se pueden hacer de la lana de estos dichos cocos, como se hacen en Levante, porque tienen mucho algodón y muy hermoso sobrado. Esta fruta que está en medio de la dicha estopa, como es dicho, es tan grande como un puño cerrado, y algunos como dos, y mas y menos, y es una manera de nuez ó cosa redonda, algo mas prolongada que ancha y dura, y el casco de ella del grosor de un lebrero de un real, y de dentro, pegado al casco de aquella nuez, una carnosidad de la anchura de la mitad de la grosseza del menor dedo de la mano, la cual es blanca como una almendra mondada, y de mejor sabor que almendras y de muy suave gusto. Cómese así como se comerian almendras mondadas, y después de mascada esta fruta, queda alguna cibera como de la almendra, pero si la quisieren tragar, no es despacible, aunque ido el zumo por la garganta abajo antes que esta cibera se trague, parece que queda aquello mascado algo áspero, pero no mucho ni para que se deba desechar cuando el coco es fresco y há poco que se quitó del árbol. Esta carnosidad ó fruta, no comiéndola y majándola mucho, y después colándola, se saca leche de ella, muy mejor y mas suave que las de los ganados, y de mucha substancia, la cual los cristianos echan en las mazamoras que hacen del maíz ó del pan, á manera de puches ó poleadas; y por causa de esta leche de los cocos son las dichas mazamoras excelente manjar, y sin dar empacho en el estómago, dejan tanto contentamiento en el gusto y tan satisfecha la hambre, como si muchos manjares y muy buenos hobbiesen comido; pero procediendo adelante, es de saber que por tuétano ó cuesco de esta fruta está en el medio de ella, circundado de la dicha carnosidad, un lugar vacuo, pero lleno de una agua clarísima y excelente, y tanta cantidad, cuanta cabria dentro de un huevo, ó mas ó menos, segun el tamaño del coco; la cual agua bebida es la mas substancial, la mas excelente y la mas preciosa cosa que se puede pensar ni beber, y en el momento parece que así como es pasada del paladar (*de planta pedis usque ad verticem*) ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolacion y maravilloso contentamiento. Cierto pa-

resce cosa de mas excelencia que todo lo que sobre la tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarecer ni decir. Adelante prosiguiendo, digo que aquel vaso de esta fruta, después de quitado de él el manjar, queda muy liso, y le limpian y pulen sotilmente, y queda por de fuera de muy buen lustre, que declina á color negro, y de dentro de muy buena tez; los que acostumbran beber en aquellos vasos, y son dolientes de la ijada, dicen que hallan maravilloso y conocido remedio contra tal enfermedad, y rómpeles la piedra á los que la tienen, y hácela echar por la orina. Todas estas cosas que he dicho sumariamente aquí á vuestra majestad, tiene aquesta fruta de estos cocos. El nombre de coco se les dijo porque aquel lugar donde está asida en el árbol aquesta fruta, quitado el pezon, deja allí un hoyo, y encima de aquel tiene otros dos hoyos naturalmente, y todos tres vienen á hacerse como un gesto ó figura de un monillo que coca, y por eso se dijo coco; pero en la verdad, como primero se dijo, este árbol es especie de palma, y segun Plinio y otros naturales lo escriben, todas las palmas son útiles y provechosas para esta enfermedad de la ijada; y de aquí viene que los cocos, como fruto de palma, sean útiles á semejante dolencia.

CAPITULO LXVI.

Palmas.

En el capítulo de suso se dijo que los cocos son género de palmas; y por esto, antes que se diga de otros árboles, es bien que de las palmas se diga un poco. Las que llevan dátiles, hasta agora no se han hallado en aquellas partes; pero por industria de los cristianos ya hay muchas en las islas de Santo Domingo ó Española, y en la de Cuba y San Juan y Jamáica, así en las casas de morada como en las huertas y jardines; que de los cuescos de los dátiles que se llevaron de acá fué su origen ó principio; y en la cibdad de Santo Domingo en muchas casas las hay muy hermosas, y en una casa en que yo vivo y tengo en aquella cibdad hay una palma que cada un año lleva mucha fruta, y es muy grande y de las mas hermosas que hay en aquella tierra toda.

Pero de las palmas naturales de las islas y Tierra-Firme hay siete ó ocho maneras y diferencias de ellas. Hay unas que tienen la hoja como la de los palmitos terrosos del Andalucía, que es como una palma ó mano de un hombre, abiertos los dedos, y estas llevan por fruta unas cuentas pequeñas y redondas.

Hay otras palmas que echan la hoja como las de los dátiles, y aquestas echan otra forma de cuentas mayores, pero no tan duras como las que se dijo de suso.

Hay otras palmas de la misma manera de hojas, y son muy excelentes los palmitos para comer, y muy grandes y tiernos, y tambien llevan cuentas.

Hay otras palmas que tambien son muy buenos los palmitos para comer, y son algo mas bajas y mas gruesas que las susodichas, y llevan asimismo cuentas.

Hay otras palmas altas y de buenos palmitos, y llevan por fruta unos cocos, no mayores que las aceitunas cordobesas, y son como el coco sin la estopa, sino solo el cuesco, con los tres agujerillos que le hacen pa-

rescer mono cocando; pero son aquestos cocos menudos y macizos, y no sirven de nada.

Hay otras palmas altas y muy espinosas, las cuales son de la mas excelente madera que puede ser, yes muy negra la madera y muy pesada y de lindo lustre, y no se tiene sobre agua esta madera, que luego se va á lo hondo; hácese de ella muy buenas saetas y viotes, y cualesquiera astas de lanzas ó picas, y digo picas porque en la costa del sur, delante de Esquegna y Urraca, traen los indios picas de aquestas palmas, muy hermosas y luengas; y donde pelean los indios con tiraderas, las hacen de esta madera, tan luengas como dardos, y aguzadas las puntas, con que tiran y pasan un hombre y una rodela; asimismo hacen macanas para pelear, y cualquiera asta ó cosa que se haga de esta madera es muy hermosa, y para hacer címbalos ó vihuelas ó cualquier instrumento de música que se requiera madera, es muy gentil, porque, demás de ser muy durísima, es tan negra como un buen azabache.

CAPITULO LXVII.

Pinos.

Hay en la isla Española pinos naturales como los de España, que no llevan piñones, y de la misma manera son aquellos, y en otra parte de las islas y Tierra-Firme yo no he oído que los haya, á lo que se me puede acordar al presente.

CAPITULO LXVIII.

Encinas.

En la costa de la mar de la Sur, al occidente, partiendo de Panamá y delante de la provincia de Esquegna, se han hallado muchas encinas, y llevan bellotas, y son buenas de comer; lo cual en Tierra-Firme yo oí, y me informé de los mismos cristianos que lo vieron y comieron de las dichas bellotas.

CAPITULO LXIX.

Parras y uvas.

En aquellas partes de Tierra-Firme por los montes y bosques de arboledas se hallan muchas veces muy buenas parras salvajes y muy cargadas de uvas y racimos de ellas, no muy menudas, sino mas gruesas que las que en España nacen en los sotos, y no tan agras, sino mejores y de mejor sabor, y yo las he comido muchas veces y en mucha cantidad; de que quiero inferir que se harán muy bien las viñas y parrales en aquellas partes queriéndose dar á ellas; y todas las que yo he visto y comido de estas uvas son negras. En Santo Domingo he comido yo muy buenas uvas de las que se han hecho en parras, llevados los sarmientos de España, blancas y gruesas, y de tan buen sabor como acá.

CAPITULO LXX.

De los higos del mastuerzo.

En la costa del poniente, partiendo de la villa de Acla, y pasando adelante del golfo de Sant Blas y del puerto del Nombre de Dios, la costa abajo, en tierra de Veragua y en las islas de Corobaro, hay unas higueras altas, y tienen las hojas trepadas y mas anchas que las higueras de España, y llevan unos higos tan gran-